Conferencia Episcopal Española
Subcomisión Episcopal para la Familia y Defensa de la Vida

Mensaje

Jornada de la Familia 2012

Educar la fe en la familia

30 de diciembre de 2012

Con el lema "Educar la fe en familia", los obispos de la Subcomisión Episcopal para la Familia y Defensa de la Vida, movidos por nuestro deber de pastores, invitamos a todos los fieles a reflexionar sobre la vital importancia de la familia en la "educación de la fe". Asimismo, recordamos la exigencia de conocer y transmitir mejor a las generaciones futuras la fe de siempre[1], de un modo especial en este Año de la fe.

Desde la primera evangelización, la transmisión de la fe, en el transcurso de las generaciones, ha encontrado un lugar natural en la familia[2]. Hoy asistimos a una devaluación del papel de la familia en este campo, debido a múltiples factores. No podemos dar por supuesta la vivencia de la fe cristiana en muchos hogares cristianos, con las consecuencias que ello conlleva en la asimilación de la fe por parte de los hijos. Por eso queremos animar a las familias a ocupar su puesto en la transmisión de la fe, a pesar de las dificultades y crisis por las que atraviesan.

La nueva evangelización debe ir dirigida de manera primera y prioritaria a la familia, como la realidad a la que más han afectado los cambios sociales y la poca valoración de la fe.

La fe, don de Dios, se nos infunde en el Bautismo, en cuya celebración los padres piden para sus hijos "la fe de la Iglesia". Este es el signo eficaz de la entrada en el pueblo de los creyentes para alcanzar la salvación[3].

La iniciación cristiana, que comprende el Bautismo, la Confirmación, la Penitencia y la Eucaristía, toma una especial relevancia en la familia, "iglesia doméstica", comunidad de vida y amor, por ser donde surge la vida de la persona y donde esta es amada por sí misma. La familia vive dicha fe y participa también en la fe de sus hijos en las diversas etapas de formación y desarrollo de la vida cristiana. Así, el primer fundamento de una pastoral familiar renovada es la vivencia intensa de la iniciación cristiana[4].

Los padres apoyan a los hijos y caminan con ellos mientras realizan el aprendizaje de la vida cristiana y entran gozosamente en la comunión de la Iglesia, para ser en ella adoradores del Padre y testigos del Dios vivo. La familia, de este modo, se convierte en el primer transmisor de la fe, y esta crece cuando se vive como consecuencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y de gozo[5].

La familia es el ámbito natural donde es acogida la fe, y la que va a contribuir de una manera muy especial a su crecimiento y desarrollo. En ella se dan los primeros pasos de la educación temprana de la fe, y los hijos aprenden las primeras oraciones, como el Avemaría, el "Jesusito de mi vida", el "Ángel de mi guarda" y el Padrenuestro. También experimentan el amor a la Virgen y a Jesucristo, y es donde, por primera vez, oyen hablar de Dios y aprenden a quererlo viviendo el testimonio de sus padres.

Este testimonio de los padres, en la continua y progresiva educación familiar, marca un tenor de vida en todos los ámbitos de la existencia humana. Se desarrolla en la catequesis familiar, en la introducción a la oración —«*la oración es el alimento de la fe*», decía Juan Pablo II—, en la lectura meditada de la Palabra de Dios a través de la *lectio divina*, y en la práctica sacramental de la familia, en sintonía y colaboración con la comunidad parroquial.

Así, la familia es el "lugar" privilegiado donde se realiza la unión de "la fe que se piensa" con "la vida que se vive" a partir del despertar religioso.

La fe, al igual que la familia, es compañera de vida que nos permite distinguir las maravillas de Dios a lo largo de nuestro caminar. Como la familia, la fe está presente en las diversas etapas de nuestra existencia (niñez, adolescencia, juventud...), así como en los momentos difíciles y en los alegres. De

esta forma, la fe va acompañándonos siempre en todas las circunstancias de la vida familiar. La familia camina con sus hijos en esos importantes momentos en los que se va fraguando su madurez y porvenir.

Cuando la vivencia y experiencia cristiana se ha tenido en la familia, puede que se atraviese por momentos de crisis, pero lo que se ha vivido de niño vuelve a renacer y a tener un peso específico en la fe adulta.

No se puede pensar en una nueva evangelización sin sentirnos responsables del anuncio del Evangelio a las familias y sin ayudarlas en la tarea educativa[6]. La familia está inmersa en un proceso gradual de educación humana y cristiana que permite tener como centro la vocación al amor. A la familia le corresponde el deber grave y el derecho insustituible de educar y cuidar este momento inicial de la vocación al amor de los hijos. Esto se realiza en un ambiente sencillo y normal, el hogar, donde, de una manera connatural, se va formando la personalidad humana y cristiana de los hijos. A esta educación contribuyen también las entidades educativas, el testimonio de los padres y hermanos, el contacto con otras familias, y la pertenencia a la comunidad cristiana parroquial y a grupos o movimientos cristianos[7].

La familia, en su afán educador, ayuda a todos sus miembros a que vivan como verdaderos cristianos, capaces de configurar cristianamente la sociedad. De igual modo, la familia, con total respeto a cada uno de sus hijos, debe ayudarles a que, en su momento, puedan descubrir sus respectivas vocaciones. En este sentido, la familia protege y anima la vocación a la vida sacerdotal y consagrada.

En todo caso, los obispos de la Subcomisión reiteramos una vez más que el mundo necesita hoy de manera urgente el testimonio creíble de familias que, iluminadas por la fe, sean capaces de «*abrir el corazón y la mente de muchos al deseo de Dios*»[8] y de ser fermento de nuestra sociedad.

Implorando la protección de María, Madre de la Sagrada Familia, os animamos en este Año de la fe a profundizar en un mayor conocimiento de nuestra fe, para que esta transforme la vida de nuestras familias, les abra el camino hacia una plenitud de significado, las renueve y las llene de alegría y de esperanza fiable[9].

Juan Reig Plà, obispo de Alcalá de Henares - presidente de la Subcomisión Episcopal para la Familia y Defensa de la Vida
Francisco Gil Hellín, arzobispo de Burgos
Mario Iceta Gavicagogeascoa, obispo de Bilbao
Gerardo Melgar Viciosa, obispo de Osma-Soria
José Mazuelos Pérez, obispo de Jerez de la Frontera
Carlos Manuel Escribano Subías, obispo de Teruel y Albarracín

---

NOTAS:

[1] Benedicto XVI, *Porta fidei*, 8.

[2] Mensaje final al Pueblo de Dios del Sínodo de los Obispos sobre la Nueva Evangelización, 7.

[3] *Porta fidei*, 10.

[4] Conferencia Episcopal Española, CLXXXI Asamblea Plenaria, *Directorio de la Pastoral Familiar de la Iglesia en España*, 22.

[5] *Porta fidei*, 7.

[6] Mensaje final del Sínodo de los Obispos sobre la Nueva Evangelización, 7.

[7] Cf. *Directorio de la Pastoral Familiar de la Iglesia en España*, 78-88.

[8] *Porta fidei*, 15.

[9] Cf. Benedicto XVI, Audiencia General, 24-10-2012.

Conferencia Episcopal Española
Subcomisión Episcopal para la Familia y Defensa de la Vida

Mensaje

Jornada de la Familia 2012

Educar la fe en la familia

30 de diciembre de 2012

Con el lema ”Educar la fe en familia”, los obispos de la Subcomisión Episcopal para la Familia y Defensa de la Vida, movidos por nuestro deber de pastores, invitamos a todos los fieles a reflexionar sobre la vital importancia de la familia en la ”educación de la fe”. Asimismo, recordamos la exigencia de conocer y transmitir mejor a las generaciones futuras la fe de siempre[1], de un modo especial en este Año de la fe.

Desde la primera evangelización, la transmisión de la fe, en el transcurso de las generaciones, ha encontrado un lugar natural en la familia[2]. Hoy asistimos a una devaluación del papel de la familia en este campo, debido a múltiples factores. No podemos dar por supuesta la vivencia de la fe cristiana en muchos hogares cristianos, con las consecuencias que ello conlleva en la asimilación de la fe por parte de los hijos. Por eso queremos animar a las familias a ocupar su puesto en la transmisión de la fe, a pesar de las dificultades y crisis por las que atraviesan.

La nueva evangelización debe ir dirigida de manera primera y prioritaria a la familia, como la realidad a la que más han afectado los cambios sociales y la poca valoración de la fe.

La fe, don de Dios, se nos infunde en el Bautismo, en cuya celebración los padres piden para sus hijos ”la fe de la Iglesia”. Este es el signo eficaz de la entrada en el pueblo de los creyentes para alcanzar la salvación[3].

La iniciación cristiana, que comprende el Bautismo, la Confirmación, la Penitencia y la Eucaristía, toma una especial relevancia en la familia, ”iglesia doméstica”, comunidad de vida y amor, por ser donde surge la vida de la persona y donde esta es amada por sí misma. La familia vive dicha fe y participa también en la fe de sus hijos en las diversas etapas de formación y desarrollo de la vida cristiana. Así, el primer fundamento de una pastoral familiar renovada es la vivencia intensa de la iniciación cristiana[4].

Los padres apoyan a los hijos y caminan con ellos mientras realizan el aprendizaje de la vida cristiana y entran gozosamente en la comunión de la Iglesia, para ser en ella adoradores del Padre y testigos del Dios vivo. La familia, de este modo, se convierte en el primer transmisor de la fe, y esta crece cuando se vive como consecuencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y de gozo[5].

La familia es el ámbito natural donde es acogida la fe, y la que va a contribuir de una manera muy especial a su crecimiento y desarrollo. En ella se dan los primeros pasos de la educación temprana de la fe, y los hijos aprenden las primeras oraciones, como el Avemaría, el ”Jesusito de mi vida”, el ”Ángel de mi guarda” y el Padrenuestro. También experimentan el amor a la Virgen y a Jesucristo, y es donde, por primera vez, oyen hablar de Dios y aprenden a quererlo viviendo el testimonio de sus padres.

Este testimonio de los padres, en la continua y progresiva educación familiar, marca un tenor de vida en todos los ámbitos de la existencia humana. Se desarrolla en la catequesis familiar, en la introducción a la oración —«*la oración es el alimento de la fe*», decía Juan Pablo II—, en la lectura meditada de la Palabra de Dios a través de la *lectio divina*, y en la práctica sacramental de la familia, en sintonía y colaboración con la comunidad parroquial.

Así, la familia es el ”lugar” privilegiado donde se realiza la unión de ”la fe que se piensa” con ”la vida que se vive” a partir del despertar religioso.

La fe, al igual que la familia, es compañera de vida que nos permite distinguir las maravillas de Dios a lo largo de nuestro caminar. Como la familia, la fe está presente en las diversas etapas de nuestra existencia (niñez, adolescencia, juventud...), así como en los momentos difíciles y en los alegres. De esta forma, la fe va acompañándonos siempre en todas las circunstancias de la vida familiar. La familia camina con sus hijos en esos importantes momentos en los que se va fraguando su madurez y porvenir.

Cuando la vivencia y experiencia cristiana se ha tenido en la familia, puede que se atraviese por momentos de crisis, pero lo que se ha vivido de niño vuelve a renacer y a tener un peso específico en la fe adulta.

No se puede pensar en una nueva evangelización sin sentirnos responsables del anuncio del Evangelio a las familias y sin ayudarlas en la tarea educativa[6]. La familia está inmersa en un proceso gradual de educación humana y cristiana que permite tener como centro la vocación al amor. A la familia le corresponde el deber grave y el derecho insustituible de educar y cuidar este momento inicial de la vocación al amor de los hijos. Esto se realiza en un ambiente sencillo y normal, el hogar, donde, de una

manera connatural, se va formando la personalidad humana y cristiana de los hijos. A esta educación contribuyen también las entidades educativas, el testimonio de los padres y hermanos, el contacto con otras familias, y la pertenencia a la comunidad cristiana parroquial y a grupos o movimientos cristianos[7].

La familia, en su afán educador, ayuda a todos sus miembros a que vivan como verdaderos cristianos, capaces de configurar cristianamente la sociedad. De igual modo, la familia, con total respeto a cada uno de sus hijos, debe ayudarles a que, en su momento, puedan descubrir sus respectivas vocaciones. En este sentido, la familia protege y anima la vocación a la vida sacerdotal y consagrada.

En todo caso, los obispos de la Subcomisión reiteramos una vez más que el mundo necesita hoy de manera urgente el testimonio creíble de familias que, iluminadas por la fe, sean capaces de «*abrir el corazón y la mente de muchos al deseo de Dios*»[8] y de ser fermento de nuestra sociedad.

Implorando la protección de María, Madre de la Sagrada Familia, os animamos en este Año de la fe a profundizar en un mayor conocimiento de nuestra fe, para que esta transforme la vida de nuestras familias, les abra el camino hacia una plenitud de significado, las renueve y las llene de alegría y de esperanza fiable[9].

Juan Reig Plà, obispo de Alcalá de Henares - presidente de la Subcomisión Episcopal para la Familia y Defensa de la Vida
Francisco Gil Hellín, arzobispo de Burgos
Mario Iceta Gavicagogeascoa, obispo de Bilbao
Gerardo Melgar Viciosa, obispo de Osma-Soria
José Mazuelos Pérez, obispo de Jerez de la Frontera
Carlos Manuel Escribano Subías, obispo de Teruel y Albarracín

---

NOTAS:

[1] Benedicto XVI, *Porta fidei*, 8.

[2] Mensaje final al Pueblo de Dios del Sínodo de los Obispos sobre la Nueva Evangelización, 7.

[3] *Porta fidei*, 10.

[4] Conferencia Episcopal Española, CLXXXI Asamblea Plenaria, *Directorio de la Pastoral Familiar de la Iglesia en España*, 22.

[5] *Porta fidei*, 7.

[6] Mensaje final del Sínodo de los Obispos sobre la Nueva Evangelización, 7.

[7] Cf. *Directorio de la Pastoral Familiar de la Iglesia en España*, 78-88.

[8] *Porta fidei*, 15.

[9] Cf. Benedicto XVI, Audiencia General, 24-10-2012.